

# FARRUQUITO, LA TRAGEDIA GITANA

*Entre dramas y glorias se ha forjado la vida de este joven bailar de flamenco. Aclamado por la crítica mundial como el mejor depositario de un estilo “macho y puro”, hoy enfrenta un juicio que lo podría llevar a más de 15 años de prisión por atropellar a un hombre y darse a la fuga.*

Por Ángela Precht, desde Barcelona

Desde hace unos días cuelga en el teatro Poliorama, un reputado escenario en plena Rambla de Barcelona, un cartel que dice: “PRORROGADO”. El letrero, a su vez, atraviesa una gigantografía que anuncia el espectáculo “**FARRUQUITO Y FAMILIA**” que se promociona con el hermoso rostro del *bailaor* principal y prematuro patriarca del clan de los Farruco: Juan Manuel Fernández Montoya, mundialmente conocido como Farruquito. Tanta ha sido la demanda por ver a este prodigio de la danza gitana, que el teatro ha tenido que anunciar dos prórrogas en lo que va del mes. Colas de admiradores se apuestan en las taquillas para comprar las entradas que día tras día se agotan horas antes del comienzo de la función. El espectáculo es tremendo, pulcro, intenso y elegante. Dos guitarras, cuatro *cantaores* y las palmas rabiosas que acompañan a los cuatro *bailaores* que dan vida al espectáculo atravesado por el *duende*, ese misterioso trance hechicero que envuelve al flamenco. Farruquito entra en escena, solemne y concentrado y rompe a rabiarse en un delirante y contenido baile. El público está desbocado. Las mujeres gritan sin parar. “¡Gitano!”, “¡Ole por la madre que te ha parío!”. Sólo unos pocos se dan cuenta que el joven tiene los ojos llenos de lágrimas. Nadie sabe si mañana seguirá en las tablas o estará en la cárcel.

“**FARRUQUITO Y FAMILIA**” se presentó por primera vez el 2001 en el Town Hall de Nueva York, el mismo año del atentado a las Torres Gemelas, y tras de exitosas giras por Boston y otras ciudades de Estados Unidos el *New York Times* reconoció a Farruquito como “el mejor artista que pisó la Gran Manzana” aquel año, con tan sólo 18 años. Fue entonces cuando el fotógrafo Richard Avedon quedó prendado por el hechizo de sus movimientos y su presencia y le realizó una sesión fotográfica en pleno trance flamenco. No sólo Avedon, también la revista *People* lo escogió dentro de las 50 personas más bellas del mundo. Pero Farruquito no se desconcentra con la pirotecnia que estalla entorno a su belleza: “Con lo del *New York Times* me puse contento...Lo de

la *People* no tiene importancia. Yo no sabía qué era la *People*, si era una vecina mía o una revista”, ha dicho.

Sus largos cabellos negros corren paralelos a un rostro que no termina de madurar y en los que resaltan sus dulces ojos color miel, marcados lejanamente por la tristeza. Sus facciones están levemente redondeadas, labios gruesos y piel morena. No mide más de un metro setenta y pesa menos que una mujer, es pura fibra. Aunque a la hora de salir a escena se convierte en una gacela gigante y enérgica, con un baile “apretaíto” y desbordante, un estilo radicalmente distinto al de Joaquín Cortés marcado por escuelas de ballet clásico, con figuras casi fotográficas y saltos largos.

Farruquito, al igual que Cortés es gitano de cuna. Ha nacido en Sevilla en el seno de una familia de cantaores y bailadores. Su abuelo, el Farruco, patriarca del clan, es reconocido por todo el mundo de los flamencólogos como el creador de un estilo único e indiscutido, el del flamenco de raíz. Gitano de alma vieja, con una vida marginal y pobre; su padre murió en la guerra civil cuando él era un niño y se crió entre clanes gitanos ganándose la vida de canastero y *bailaor* para matar el hambre; se casó a los 14, a los 15 ya era padre, un año después enviudaba. Junto a su clan formado por sus hijas La Farruca y La Faraona, y otros cantaores, triunfó en los principales escenarios europeos y de Estados Unidos y filmó varios documentales como “Flamenco”, de Carlos Saura y “Bodas de Gloria” para el prestigioso Canal+. En este último, da su bendición a Farruquito diciéndole: “A tu edad nadie ha bailado así ni bailará jamás”, y solemnemente le hace entrega de su colgante de oro, un par de botas de *bailaor*.

Cuenta la leyenda que cuando Farruquito acababa de nacer, agarró el dedo de su padre –“El Moreno”- y se levantó de la cuna. El *cantaor* entonces dijo: “Este va a ser buen *bailaor*”. Y así ha sido. A los 5 años ya estaba en grandes escenarios de Broadway junto a su abuelo. El niño quería acompañarlo en todo momento y hubo que conseguirle el esmoquin de un muñeco para engalanar su pequeño cuerpo. Entonces presentaban el espectáculo “*Flamenco Puro*”. De allí siguieron un sin fin de actuaciones y reconocimientos para el clan de los Farrucos. Hasta que en 1997 murió el patriarca. Farruquito tenía 15 años y entre sollozos y tristezas escribió una canción llamada “Mi Sombra”, que incluyó en el posterior espectáculo “*Alma Vieja*”: “*Ay dejarme tranquilo/ que tranquilo muera/ dejarme, dejarme tranquilo/ Porque ya ha muerto / quien me daba alivio/ ya no hay quien me quiera.*” Caía sobre su cuerpo adolescente toda la responsabilidad de perpetuar la estirpe.

Fue durante una actuación en Argentina donde ocurrió la siguiente tragedia. Habían pasado tres años desde la muerte de su abuelo y Farruquito, con 18 años, bailaba al cante de su padre que interpretaba una *soleá* escrita por el joven, “Sueña con poder Volar”. Estaban en plena actuación y su padre cayó al suelo, tumbado por un infarto cerebral. Tenía sólo 42 años y murió en los brazos de su hijo que en vano intentaba reanimarlo. Farruquito cayó en un estado de profunda tristeza y estuvo tres meses sin pronunciar palabra. Más tarde diría: “Ahora tengo a mis dos dioses dentro...Me iluminan; mi baile refleja la enseñanza eterna”. Una suerte religiosa artística “que no se aprende ni se estudia, se ha de sufrir”.

Desde entonces Farruquito ha sido el joven patriarca, encargado de sostener a su clan. Un total de sesenta personas dependen de él. Han triunfado en todos los festivales y el joven ha podido montar una escuela de flamenco y construir una casa para su familia que incluye hasta un tablao para el baile, saliendo así del barrio marginal sevillano de las “Tres mil Viviendas” que lo vio crecer.

El año pasado Farruquito despegaba el póster de Michael Jackson de su habitación de adolescente. Preparaba todo para su boda con una “gitana buena y sencilla; que me espera con la comida caliente cuando vuelvo de trabajar”, como la ha descrito y empezaba el cambio de casa. Pero la desgracia le esperaba en la esquina. La noche del 30 de septiembre del 2003 Farruquito conducía su deportivo BMW por las calles de Sevilla, sin licencia de conducir ni seguro alguno. Benjamín Olalla, un mecánico de 33 años casado y sin hijos cruzaba tranquilo por el paso de peatones cuando lo arrojó el vehículo. “El pánico y el miedo se apoderaron de mí y sólo pensaba en correr y quitarme de en medio”. Y así lo hizo. Farruquito se dio a la fuga sin prestarle auxilio a su víctima que podría haberse salvado.

La policía comenzó a investigar y el clan cerró sus filas. Un policía dado de baja por narcotráfico fue quien aconsejó a los Farrucos de culpar al hermano menor ya que así la justicia sería más indulgente. Pero el celular de este hombre estaba intervenido por la policía desde hacía tiempo. Fue así como se enteraron de la farsa y seis meses más tarde Farruquito se entregaba a la justicia. Desde entonces, toda España está en vilo por el futuro del *bailaor*. La viuda se queja amargamente del apoyo popular hacia el asesino de su marido. Además, que mientras Farruquito sigue actuando a la espera del juicio ha ganado ya trescientos mil euros (más de doscientos millones de pesos), mientras ella se quedó sin pareja y con 420 euros de pensión (menos de trescientos cincuenta mil pesos).

En las escasas entrevistas que ha dado Farruquito desde entonces insiste en que no hablará del accidente por estar en pleno juicio. También ha reconocido que lo acecha el accidente por las noches: “Sueño que me persigue una fiera, y yo corro y corro y la fiera sigue persiguiéndome. Llegado un momento me detengo y la enfrento. ‘¿Qué quieres?’, le digo y la fiera se queda inmóvil, pero luego yo vuelvo a correr...No le tengo miedo al juicio. No tengo genes de miedo y no es por hacerme el valiente. Mientras más rápido llegue, mejor. Quiero que pase lo que tenga que pasar y que la gente hable de otra cosa”.

A la espera de la interminable resolución, Farruquito ha pagado por el momento 140.000 euros de fianza para poder seguir en libertad trabajando junto a su compañía en distintos escenarios y yendo puntualmente a firmar cada mes al tribunal. Siempre ha estado flanqueado por su madre La Farruca y algún familiar. La mujer, que por primera vez ha dejado su riguroso luto que llevaba desde la muerte de su marido, ha dicho que una vez que termine todo esto volverá a los escenarios. Es una petición de su hijo, “Quiero bailar con mi madre para sentirme protegido”.